

Incorporarse de raíz al secreto de la tierra

DOMINGO GARCÍA - SABELL

El Camino de Santiago no es un camino de rosas. La versión común es la siguiente: se coge un avión y en poco menos de una hora se está en Compostela. Una vez en la ciudad, se encamina uno hacia la catedral. Se visita la Basílica, se abraza al Apóstol y, una vez confesado y comulgado, se abandona Santiago. Y a seguir mintiendo, a calumniar, a falsear todo y a vivir como si tal cosa. Deseo subrayar con lo dicho que, en el fondo, nada de lo que allí acontece renueva las entrañas espirituales del interesado y que, en consecuencia, todo va a seguir de igual manera: el falso con su falsedad y el pícaro con sus trampas. No hay, pues, metamorfosis alguna. Las fatigas e incomodidades del trayecto atrás quedan.

Es la moral hoy tan en boca del competidor, de quien supera un record. Del que se alza con el triunfo, siquiera con lo que ese triunfo tiene de falaz y de arbitrario. Así se añaden a la hazaña —si es que, en verdad, hay hazaña— los complementos del esfuerzo que supera todas las incomodidades. Pero la finalidad del Camino no se oculta entre los pliegues de las dificultades

materiales. Y va más allá. ¿En que consiste ese sobrepasar las finalidades del Camino? En una cosa bien sencilla, a saber, la vuelta del revés de la persona profunda. Es una metamorfosis, un cambio de la manera de ser. En suma, una palingenesia: todo el hondo secreto del Camino de Santiago. Por eso —si se me permite la expresión— a él acuden, como no, los creyentes y los no creyentes. El Camino afila la crisis de la persona. Aquel que se apoya en un árbol para aliviar las fatigas del deambular sin fin, en el fondo lo que está llevando a cabo es un incorporarse de raíz al secreto acogedor de la tierra nutricia. Afirmaba el doctor Nóvoa Santos que “toda tierra es santa”. Esa santidad resume un hecho indiscutible. La tierra nos sostiene en pie. Y, al final, cuando el círculo de la existencia se acaba, nos engulle, nos traga para florecer en unas hierbas mínimas que obedecen sin quejarse a las suaves presiones del viento. He aquí el secreto, el oculto secreto del Camino de Santiago.

Quien no experimente esa sensación de revivir su propia persona no sabe hasta qué punto aquí rozamos lo inefable, lo que no tiene nombre. Lo arcano dentro de nosotros mismos.

Si te colocas ante un espejo e insistes en mirarte durante un largo rato, como aconsejaba don Miguel de Unamuno, tendrás entonces una sensación extraña, a saber, que tu cara no se corresponde en ninguna manera a lo que ella sirve de espejo. Tus facciones cambian, se transforman y llega un momento en el que dudas de que propiamente te pertenecen. Son las de otro que no eres tú. Tú eres el usufructuario de ese que piensas que te pertenece. En el fondo, la propia existencia no es más que un arrebato. Te colocas tú en el lugar que, en verdad, correspondería a otro. Al que tú representas y del que eres intérprete. Nada más que intérprete, esto es, actor. Y ahora, con estas ideas, volvamos al entramado ayudador de los viejos establecimientos sanitarios que salpican como hontanares benéficos el recorrido del Camino. Una pregunta salta inmediatamente ante nuestros ojos: ¿eran peores los antiguos hospitales de los que sólo ha quedado el topónimo, eran peores, digo, a los actuales, eran peores a los que las facilidades de los progresos técnicos han determinado en la actualidad? Esta es la cuestión. La inevitable cuestión.

Y ahora afinemos nuestra capacidad de análisis y vayamos a ella con decisión, esto es, sin prejuicios. Los viejos hospitales poco podían ofrecer como ayuda al menesteroso, al que a ellos acudía en demanda de alivio, cuando no de curación. Eran sencillamente los aconsejadores. Otras cosas no podían hacer. Y no es poco.

La salvación, la ayuda al menesteroso, el consejo, resultaban así definitivos. Ellos confirmaban el deseo irreprimible de encontrar un agarradero trascendente, eran algo así como la respuesta a las preguntas últimas. Esta era la solución a las inquisiciones radicales que por cualquier otra vía no ofrecían seguridad religiosa o, sencillamente, metafísica. ¿Quién soy yo? ¿Qué me espera al final? ¿La vida eterna, o la perpetua transformación de lo orgánico? ¿Somos materia organizada, sabiamente organizada, o somos algo más? Dicho en otros términos: ¿Estamos condenados a existir en función de secretas y complejas reacciones químicas, o hay algo más, de características inefables, ahora y siempre ocultas en los repliegues más íntimos de nosotros mismos? Este es el problema, el pavoroso problema.

Frente a él sólo son pensables dos soluciones. O bien somos deleznable materia, o bien somos otra cosa. La disyuntiva es atroz. Porque si somos no más que organización química, en ella debemos

subsumirnos. El ojo analítico de nuestro espíritu no va más allá. O somos el resultado de extrañas reacciones químicas, o somos algo más. Ese algo más al que todos, tirios y troyanos, aspiramos, nos integra en un mundo de sensaciones, yo diría que de certezas, en las que nos jugamos nada menos que la inmortalidad, la vida eterna, la pervivencia no sólo en el recuerdo de nuestros seres queridos, sino además la esperanza de que algún día nos reuniremos con ellos.

Que esto es un convencimiento al que los sabidores de estos problemas denominan un conocimiento de resignación, puede ser. Mas en esa supuesta resignación laten ímpetus de otra clase. Esos ímpetus que el Camino de Santiago nos ofrece. Nos regala. En ellos radica el reconforto de todas las penalidades que en el transcurrir de nuestra existencia nos esperan y que el Camino de Santiago por lo menos alivia. Este Camino que así resulta nuestra confirmada fe en el destino trascendente de la criatura humana.